

DE OFICIO, LECTOR

DE OFICIO,
LECTOR

RESPUESTAS A PIERRE NORA

Bernard Pivot

Traducción de
Amaya García Gallego

Trama editorial

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición
del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



TÍTULO ORIGINAL

Le Métier de lire. Réponses à Pierre Nora, de Bernard Pivot

© Editions Gallimard, 1990

COPYRIGHT DE ESTA EDICIÓN

© 2016, Trama editorial
Blanca de Navarra, 6
28010 Madrid
Tel.: 91 702 41 54
trama@tramaeditorial.es
www.tramaeditorial.es

TRADUCCIÓN

© Amaya García Gallego, 2016

DISEÑO GRÁFICO

Miguel San José Romano

ISBN 978-84-943800-9-9

DEPÓSITO LEGAL M-4006-2016

Impreso en España - *Printed in Spain*

Prohibida la venta
en los países de América Latina

ÍNDICE

I. APOSTROPHES

Prólogo <i>de Pierre Nora</i>	9
El espíritu de ‘Apostrophes’	13
Lector público	45
Recuerdos al pie de la letra	105
Ficha técnica de ‘Apostrophes’	161

II. BOUILLON DE CULTURE

El espíritu de ‘Bouillon de culture’	165
Recuerdos al pie de la letra	187
Ficha técnica de ‘Bouillon de culture’	205

EL ESPÍRITU DE ‘APOSTROPHES’

PIERRE NORA: Después de quince años, ¿de qué programas se acuerda más? Y si, como intuyo, son los monográficos en los que usted conversa con un solo escritor, ¿no le hace esto plantearse, retrospectivamente, el formato del programa?

BERNARD PIVOT: Tiene toda la razón al creer que las conversaciones, que Nicolas Ribowsky filmó con sumo cuidado, con Jouhandeau, Yourcenar, Cohen, Solzhenitsyn, Lévi-Strauss, Dumézil, Simenon, Guilloux, Dolto, Jules Roy, François Jacob, Étiemble, etc., son las que me han dejado el recuerdo más perdurable. En primer lugar, porque se grabaron en sus respectivos domicilios, de donde yo salía con el estado de ánimo de un conquistador que se ha colado en la intimidad de «un gran hombre» y también con la deliciosa sensación de ser un ladrón y un predador. Y después, porque no hay nada tan emocionante para el periodista, para el escritor y para el telespectador que el *ping-pong* de preguntas y respuestas, que resulta inviable en un programa largo con varias personas en un plató, sobre todo si se aspira a que todas ellas participen con espontaneidad.

De todas formas, sigo afirmando que el éxito de *Apostrophes* se debe a la puesta en escena temática en torno a una mesa baja, en directo y en estudio. Y que no me equivoqué al recurrir a las conversaciones a dos bandas sólo de forma excepcional. Cincuenta

y dos conversaciones al año me habrían obligado a invitar a escritores que no merecían tanta atención y habrían trivializado el formato. Precisamente porque aquellas conversaciones en casa de un escritor eran una rareza y rompían el curso habitual de *Apostrophes*, resultaban tan relevantes. En esos casos, el público pensaba: «¡Si *Apostrophes* se desplaza a casa de éste, es que merece la pena!». Y, en efecto, eran creadores con los que, por estar en el ocaso de su vida, se podía, durante más de una hora, intentar hacer balance, esbozar un testamento. De hecho, muchos ya no están en este mundo. En ese sentido, tuve un fallo imperdonable con Fernand Braudel: me lo tomé con calma, me decía a mí mismo que para el año que viene, así lo preparo mejor... Y la Historia despachó a Braudel antes que yo, eso me pasa por remolón y optimista... Pero tuve un éxito innegable con Nabokov, con quien estuve hablando un año antes de que muriera, y conseguí el único documento relevante televisado y en francés con este escritor, al que sitúo entre los diez mejores del siglo xx (no me pregunte por los otros nueve). Pero fíjese qué alcance tenía la ironía nabokoviana: el programa se hizo en directo en el estudio de Antenne 2; no fue una conversación a dos bandas propiamente dicha, porque Gilles Lapouge también se apuntó; y todas las preguntas y respuestas estaban preparadas, por lo que Nabokov se limitó a leer lo que llevaba escrito. ¡Pero eran lentejas! Así que me las comí –Nabokov hizo gala de un humor, una elegancia y una sutileza admirables– y ese *Apostrophes* es probablemente el más valioso de todos.

El otro motivo que justificaba el formato habitual de *Apostrophes* es la finalidad del programa, que era informar a los franceses de las novedades que llegaban a las librerías e incitarles a comprar libros y leerlos. Una conversación semanal significaba sólo cincuenta libros al año. Con una media de otros cinco escritores todos los viernes, eran doscientos cincuenta libros al año los que aprovechaban la promoción de *Apostrophes*. No todos la merecían, por supuesto. En quince años y medio, ¡cuántos títulos han caído en el olvido, barridos por las nuevas oleadas de títulos igualmente efímeros! Pero el periodismo, tal y como yo lo concibo, no se debe necesariamente a lo que es bonito, profundo y dura-

dero (si así fuera, quizá el programa tendría que haber sido trimestral). En el escaparate de las librerías *también* hay escritores noveles, obras coyunturales, libros interesantes pero que no han cuajado del todo, ensayos que entran en el terreno periodístico, etc. Es una mezcla de géneros que también contribuyó a que mi programa funcionara. Y fue precisamente ese batiburrillo lo que, al principio, escandalizó a más de uno, esos diez o quince minutos de programa con varios invitados de distinta valía que hablaban por turnos y en pie de igualdad, y que fueron tan beneficiosos para las librerías, porque al público le sabían a poco y quería prolongar con la lectura esa conversación rápida que había visto y oído. No todos los libros que aparecieron en *Apostrophes* eran obras maestras; no todas las obras maestras aparecieron en *Apostrophes*. Pero, desde 1975, *Apostrophes* no ha dejado pasar nada relacionado con la vida de los libros y con la confrontación de ideas. Es un programa que ha sido testigo de su tiempo, que ha contado, *siempre a través de los libros*, las pasiones, las preguntas, las emociones y las ridiculeces de su época.

Por último, conservo en la memoria muchos de los programas llamados «de estudio», como los *Apostrophes* con los «nuevos filósofos»; con los historiadores (Duby, Le Roy Ladurie, Ariès, etc.); con los cristianos del Viernes Santo; con Jean D'Ormesson, Mario Vargas Llosa, François Mitterrand, Charles Bukowski, John Le Carré, Georges Perec, Hubert Reeves, etc.; con un Simon Leys justamente indignado con los intelectuales occidentales maoístas; con los novelistas aspirantes al Goncourt rodeando a Hervé Bazin en el restaurante Drouant; con esas inglesas que tan bien conocen los vinos franceses; con Simone Signoret, Patrick Modiano, Raymond Aron (aunque el programa del cara a cara con Galbraith fue un estrepitoso fracaso), Roland Barthes (conversando con Françoise Sagan y Anne Golon –¡sí, la autora de *Angélique!*), Claude Hagège y Raymond Devos (sí señor, en el mismo programa), Pierre Bourdieu y Pierre Perret (ídem), y el truculento Henri Vincenot... Podría haber mantenido una conversación deliciosa con el autor de *La billebaude* que habría pulverizado las encuestas de *Apostrophes*, pero, en mi opinión, los libros de Henri

Vincenot no estaban a la altura de los de los escritores que se habían confesado conmigo en su casa y a cuya puerta yo había acudido para decirles, en cierto modo: «Cuénteselo todo a Pivot antes de morir...».

PN: ¿A qué personalidades, de Francia y del extranjero, le hubiese gustado llevar al programa, aparte de René Char, Cioran, Gracq, que son inaccesibles, aunque... llegó usted a intentarlo? ¿Tuvo en cuenta a Sartre, que durante los cinco primeros años de *Apostrophes* vivía?

BP: Sí, estuve rondando a Char, Gracq y Cioran. Pero como respetaba su decisión de guardar silencio, nunca los invité oficialmente. Y como son personas educadas, no rechazaron la oferta que nunca les hice. Lo cual viene a ser lo mismo. Ya eran famosos antes de la televisión y la gente los leía sin la televisión; pertenecen a unas generaciones de escritores –al igual que Beckett y Michaux, y antes que ellos, Proust y Baudelaire, y antes incluso, Pascal, Voltaire y Molière– que se impusieron sin ayuda de los programas literarios de la pequeña pantalla. De modo que, ¿por qué iban a ceder, siendo ya viejos? Albert Cohen, poco dado a las entrevistas, acabó accediendo a recibirme en su casa delante de las cámaras. Como el resultado no lo disgustó demasiado, acabó abriéndole la puerta a otras visitas.

Con Sartre, ¡imposible! A mitad de los años sesenta criticé –reconozco que con muy mala baba– una novela de Simone de Beauvoir, cosa que ella jamás olvidó ni me perdonó. Además, Sartre estaba reñido con Antenne 2. Cuando empezó a funcionar, la cadena le prometió al escritor una serie de programas sobre el siglo xx. Pero, en unas circunstancias que alimentaron la polémica, Antenne 2, al final, tuvo que renunciar al proyecto. Pregunta: ¿al final de su vida, Sartre seguía siendo Sartre? Por entonces había muchos que contestaban, si no en su lugar, al menos a su vera.

También estaba Jean Genet, pero entraba en el mismo tipo de personaje que Char o Gracq.